

Filosofía de la praxis y problema ambiental global

Alcira B. Bonilla

Según he mostrado en varios trabajos, parece razonable hablar de un “giro ético” en el pensamiento y las prácticas contemporáneas.

El auge de la denominada “ética aplicada” en sus diversas ramas y sectores (bioética, ética de los negocios, ética ambiental o ecoética, etc.) constituye un indicador decisivo de tal “giro ético”. Casi todo problema de relevancia social encierra una conflictividad moral y allí están las éticas sectoriales listas para hacerse cargo de éstas, tanto en los niveles de investigación cuanto en la misma intervención de los “eticistas” en comités de ética, organismos asesores, directorios de empresas y bancos. Habría que añadir a esta descripción, que no sólo ellos, los filósofos practican; también los psicólogos y psicoanalistas, los teólogos y la corporaciones profesionales se hacen cargo de este desafío ético del tiempo.

Por una parte, y en un plano ideal, se piensa la ética aplicada como un *continuum* teórico-práctico, inter y transdisciplinario y dialógico. Idealmente, también, los filósofos prácticos, sí se avienen, a las normas del trabajo interdisciplinario, encuentran (o encontrarían) en ella una buena fuente de trabajo: además de poner a prueba sus rigurosos análisis metaéticos del lenguaje y de la argumentación moral y contribuir al esclarecimiento de los problemas proporcionando fundamentaciones y principios para ello, encontrarían también un acicate para su reflexión en la medida en que nuevos conflictos morales (derivados de la complejidad creciente de un mundo globalizado por la tecno-ciencia, las comunicaciones y el mercado) enjuician y evalúan sus teorías.

Pero, por otra parte, el panorama en su conjunto resulta abigarrado y confuso. Una verdadera “polución” de éticas mínimamente sectoriales amenaza con el aniquilamiento de la filosofía práctica en un pantano de lugares comunes acerca de valores y normas. Además, y en general, estas éticas sectoriales son impulsadas y están controladas por los representantes de las corporaciones profesionales, que imposibilitan todo ejercicio crítico y emancipador del discurso ético, potenciando sus funciones de justificación del orden establecido y de control social. El análisis del lenguaje y de la argumentación de los procedimentalismos, de corte rawlsiano, habermesiano o apeliiano, parecen haber ya dado todo de sí y estar sumidos en la repetición discursiva o el hueco formalismo. La urgencia de las soluciones y el cuidado por ofrecerlas bajo las apariencias democráticas del consenso (¿se sientan a la mesa de discusión los verdaderos involucrados en la toma de decisiones?) redundan en un descuido o ligereza ante cuestiones de fundamentación y/o de principios. En definitiva, se diría que el auge de la ética señala el fin, a la vez, de la filosofía práctica.

A mi juicio, el estado del arte en materia de filosofía práctica es hoy problemático, aunque no dilemático, hay una imperiosa necesidad de ello y hay una tradición y una productividad teórica que señalan vías de salida. Ante todo me parece que la filosofía práctica tiene que volver a sus fuentes originarias y preguntarse acerca del obrar y del obrar humano, en particular. Esta pregunta, quizás, ya no puede ser formulada en los términos de un Aristóteles o de la Moxdernidad, y ni siquiera en los del “pensamiento débil” (¿es posible pensar con categorías “débiles” en una época de conflictos globales, y por lo tanto, “fuertes”?). Para formularla, aparece un *unde* ineludible: la problemática ambiental global que, al poner en cuestión toda la relación teórica y práctica (la tecnología incluida) del hombre con (?) la naturaleza obliga a pensar en el obrar humano con categorías renovadas.